

"YO SOY LA MADRE DE ESTE TIPO DE CONCIERTOS"

○ "QUIERO QUE LAS CASTAÑUELAS ADQUIERAN EL RANGO DE INSTRUMENTO SOLISTA QUE LE CORRESPONDE"

○ Le van a componer obras para ella, desde Oscar Esplá a Halfter

—Toda esta profesión mía viene de una decisión muy rápida. Yo era ya primera bailarina de Carmen Amaya; pero yo veía que las castañuelas podrían llegar a ser algo más. Podrían —¿por qué no?— ser algún día motivo suficiente para que los compositores compusieran, y yo...

Lucero Tena y su «show». Su «show» tiene forma de maletín al principio; de cofre, después, cuando lo abre y se ve la piel verde y oro con los once pares de castañuelas dentro.

—Hecho por mi joyero especialmente para mí... hechas por los fabricantes de castañuelas especialmente para mí...

—Sólo falta la música especialmente para tí... ¿No?

—Ya hay. Ya vendrá. Ya componen. Ya prometen... (Pero estas frases las dijo en su animada charla muy separadas. No vinieron —ni mucho menos— como una consecución rápida. Me he tomado la libertad de poner en su boca frases que ella dijo, sin hacer que medie el tiempo entre ellas. Así, seguidas, para que se tenga una visión de conjunto de los que nos vendría a decir después...)

PALILLOS PARA LUCERO

El agradable y poco sofisticado "show" empezó cuando Lucero Tena se quitó su abrigo de visión, tomó un sorbo —creo que primero y único— de un zumo de tomate, y desplegó ante los presentes sus poderes. Sus poderes son: castañuelas por una parte, simpatía y sinceridad por la otra. Apenas hizo falta nada más. Luego ya se le pudo preguntar todo y ella pudo contestar todo, con sonrisas, con plácemes, con sinceridad, creo.

—¿Quién te hizo suponer que algún día hubiera un concierto para castañuelas?

—Pues... Yo soy la madre del concierto de castañuelas. No hubo nadie, de mi parte la lucha. Creo que hay ahora dos chicas que quieren seguir mi camino; eso ya de por sí me entusiasma, de verdad. Pero todavía habría otra cosa que me entusiasmaría más y es que se creara la cátedra para castañuelas del Conservatorio de Música de Madrid —como se habla— y me la dieran a mí —como se dice—. No, no lo digo ni mucho menos por el dinero. Es tan sólo por el prestigio que eso me puede dar, y que elevarían a la castañuela al lugar que yo creo que le corresponde y por el que lu-

cho desde hace ya muchos años.

—¿A dónde pretendes hacer llegar la castañuela?

—He tratado desde siempre, y trato aún de que la castañuela adquiera un rango de instrumento solista. Pienso que tras trescientos conciertos se va logrando, que tras determinadas críticas, también.

—Y... para defenderla ¿qué tienes?

—Decía, ahora saben. La castañuela es un instrumento de percusión que sólo cuenta con graves y agudos. Hay mucho de ilusión en torno a ellas. Y eso es quizá lo que las eleva.

No lo sé. Ahora pienso que Lucero Tena, con sus poderes desplegados quizá esté escribiendo una página de la historia de la música.

Pero eso el día de mañana podría ser muy discutible. El día de mañana todo podría quedar en nada, en sueño, o en menos aún.

—¿Cuál es la historia real?

—Yo siempre había sido solista, incluso cuando estaba con Carmen Amaya —mi Carmen, yo siempre la llamo así— pero un buen día me separé de ella para dar rienda suelta a mis ideas. Mi idea era que yo oyendo un día la sonata 395 de Scarlatti (ese número no se me va a olvidar en mi vida) comprobé que con las castañuelas lograba algo muy importante, y era acompañar darle una vida diferente a la música, otra dimensión. Se lo dije a mi madre y me dijo que estaba loca que lo dejara, pero seguí con lo mío y di un recital en el que dije lo que iba a hacer. Me hicieron repetir tres veces. Había pintores, músicos, artistas; era todo en «petit comité» y gustó tanto que me animé... a seguir. Busqué «prestos» y «allegros» en la historia de la música que me convinieran (como comprenderás a las castañuelas sólo se les puede dar ese ritmo y no quedarían bien con una música de cadencias distantes, comprendes, ¿no?) y llegué a un arabesco de Debussy y... Efectivamente, luego vino todo un enorme repertorio que Lucero Tena ha tocado sin parar desde hace ya diecisiete años poco más o menos.

—Te faltará aún que los compositores de hoy compongan pensando en tus castañuelas ¿No?

—Bueno, Joaquín Rodrigo ya ha escrito una «Suite para castañuelas y orquesta» dedicada a mí, que estrené hace tres años; hay otros compositores de gran talla que me han prometido escri-

bir. Por ejemplo, Oscar Esplá que me ha dicho escribirá una obra que espero con ansias. Moreno Torroba está con ella, me lo ha dicho, también Ernesto Halfter yo espero... espero con mucha paciencia que estas obras lleguen.

—¿Y con cuántas obras escritas «para castañuelas» te oarías por satisfecha para pensar que no estás equivocada?

(Se ha reído y se ha puesto a recitar por primera vez. En el mini recital de sonidos diferentes que nos ha regalado, sacando y metiendo castañuelas en su cofre, mientras hablaba, ha cogido para ponérselas las más graves, creo que las de ébano, o las de granadilla; no las de marfil que suenan agudas y bien, perfectas...ha repiqueado un poco, ha contestado...)

—Pues con tres obras creo que me daría por satisfecha. ¿Qué digo? ¿He dicho tres? —Sí.

—Pues con dos.

—Entonces sólo falta una. ¿No?

—Sí, aunque el otro día me dijeron que Rodríguez Albert, que por cierto es también de Alicante, ha compuesto algo para mí ya.

EL COFRE DE ORO Y PIEL

Lo hemos dicho al principio. Ya hemos hablado de su cofre un par de veces, y tenemos que reconocer que el valor del cofre de las castañuelas para Lucero es el de la guitarra «Ramírez» para Andrés Segovia o el maletín del «Stradivarius» de Szing, inseparables, inseparables.

—Me lo hizo mi joyero especialmente para mí. Nada más que caben las que hay dentro: once pares.

—¿Son todas las que tienes ahora mismo?

—No, debo tener ahora cerca de las cincuenta y tan... ¿Qué valen unas castañuelas a sesenta.

—Pues las que me hacen en los Estados Unidos me cuestan de 35 a 40 dólares; en España si son buenas, de ébano o de granadilla, valen unas 4.000 pesetas. Ahora bien que...

—¿Qué?

—Pues que yo tengo hecha un acta notarial para que un fabricante de Valencia —Tárraga, que es el mío de siempre— me regale siete al año para que un modelo que él ha sacado lleve mi nombre. De verdad, yo lo hubiera dejado con mucho gusto, pero bien es verdad que él siempre me da más de siete al año. Ese es el pacto.

Lucero Tena lleva anillos en todos los dedos que no utiliza para tocar los «palillos». Una pulsera cargada de monedas de oro y un reloj pequeño. Lleva también colgado del cuello dos pares de castañuelas de oro que le ha regalado su fabricante de Valencia dedicadas. Cierra con cierta ceremonia su maletín del «instrumento» no sin antes explicarnos que las de marfil fueron una ocurrencia suya y que tardó mucho tiempo en tenerlas porque no siempre hay



Lucero Tena llevaba también un par de castañuelas en oro colgando de su cuello. Se las habían regalado sus fabricantes de Valencia. (Foto ANGEL GARCIA)



No le importó a Lucero Tena mostrar toda la gama de sonidos que sus distintas castañuelas dan, ébano, granadilla y para celmo marfil, desfilando por sus manos. (Foto ANGEL GARCIA)

una pieza buena para que puedan salir de ellas castañuelas. Tampoco se las cobraron, claro.

—Ya no vale nada más. Ni el plástico ni el metal, en castañuelas ya está todo inventado. Bueno hay estas de corazón que me las regalaban...

Inmediatamente habla de que sus proyectos son muchos, que, para empezar se va a Washington para tocar en el Kennedy Center, y que de allí se va a Santo Domingo. Luego contó peripecias por sus recitales en las embajadas de España («Soy embajadora artística...») y en cuanto le llegó el anuncio de que la paella ya estaba encargada se puso nerviosa.

—Por cierto... ¿es verdad que te casarás?

—Me casaré, pero lo mío va para rato. Has de tener en cuenta que mi novio es médico y yo artista; hay que esperar aún. Ya llevamos seis años así y se puede esperar un más. ¿No?

Con su maletín y sus pieles, y la idea de la paella, abandonó

ENRIQUE ENTRENA